



#### CAPÍTULO IV.

---

##### UN CABILDO EXTRAORDINARIO.

**Y**A sea que las facciones de Salomé hubiesen sufrido una violenta alteración en virtud de sus crueles padecimientos, ó bien que entre los curiosos no hubiera quien en vida la hubiese conocido, el caso fué que la justicia no pudo saber quien era aquella muerta, y en consecuencia mandó darla sepultura.

Hubo para esto, grave discusión entre las autoridades civil y eclesiástica, acerca de si el alcalde, con todo y su reconocida autori-

dad, podía obligar al cura á hacer inhumaciones con total dispensa de los derechos parroquiales.

El ciudadano alcalde hubo de concurrir al curato á dilucidar este delicado asunto.

—El caso es grave, mi señor, decía su reverencia, pues que de las cosas de la iglesia, la iglesia sólo puede disponer, y los lugares en sagrado tienen su tarifa.

—Pero éste es un caso excepcional en el que, no teniendo la difunta deudos conocidos, debe dársele sepultura sin cobrarle á nadie los derechos.

—La autoridad es padre de menores, y á ella toca en este caso, suplir los gastos, puesto que por motivo alguno estoy autorizado para eximir del tributo á ningún feligrés.

—La autoridad, dijo el que la representaba, no tiene la culpa de esta muerte, y por otra parte carece de los fondos necesarios para hacer esos gastos.

—No son más que siete pesos y medio señor juez.

—Pero la autoridad no tiene fondos.

—Siento en el alma, dijo el cura, que no esté en mis facultades resolver esta dificultad; yo he recibido de mi antecesor la tarifa de obvenciones parroquiales y estoy á lo mandado.

—Quiere decir que han traído ese cadáver para ponerlo á la espectación, y volver á tirarlo en el campo!....

El señor cura se encogió de hombros; y por más que se prolongó la discusión, los siete pesos y medio fueron un escollo de tal naturaleza, que ambas autoridades estuvieron á punto de perder la debida circunspección; por lo cual el juez, después de amenazar al señor cura con armar un escándalo, salióse corrido y con intenciones de llevar el negocio al último extremo, antes que desembolsar aquella suma.

Media hora después, un hombre recorría á caballo la población, avisando á los regidores que se reunieran para celebrar cabildo extraordinario.

Púsose uno la chaqueta, el otro tomó el bastón de mando, aquel suspendió la ma-

tanza de un puerquito cebado, y el de mas allá dejó á sus peones, para concurrir á la sala capitular.

Era esta una pieza de doce varas de largo, en cuyo fondo había seis bancas que fueron desde antaño propiedad del municipio; en el otro extremo del salón había una plataforma limitada por una balaustrada de madera; sobre el asiento principal, estaba suspendida una cosa que los munícipes creían de buena fe que era el escudo de las armas nacionales; pero á juzgar por el dibujo y no por la intención, la historia natural no registró nunca en sus numerosas familias una ave, que, con el pretexto de servir de águila, presentara ni esternón mas raro, ni pico mas informe; pues el pájaro aquel hubiera podido ser desde el *ibis* de los egipcios hasta el ave fénix; á los piés del animal, había un cañón donde cabía el pintor, y una caja de guerra mas parecida á una canasta que á un tambor.

Había siete regidores que declarados *quorum* abrieron la sesión.

—Pido la palabra, dijo un gordo; quien, por ser el mas locuaz de los regidores, era por lo general quien ganaba todas las cuestiones.

—Tiene la palabra don Antonio.

Don Antonio pujó y dijo:

—Desde que soy vecino del pueblo, no se había presentado un caso igual; lo digo porque es cierto: y en esto de cosas de la iglesia, yo la verdad nunca me he metido, porque cada uno tiene su creencia, y las cosas de Dios son muy respetables.

Callóse don Antonio, y reinó un largo silencio.

—Pido la palabra, dijo uno.

—Tiene la palabra mi primo, dijo el presidente.

—Yo suplico á don Antonio que me diga á qué viene eso.

—¿Cómo á qué viene? dijo don Antonio, sin pedir la palabra, viene á que el señor cura, se niega á dar sepultura eclesiástica á esa mujer.

—¿Y qué? gritó uno, si se niega se en-

terrará el cadáver de orden de la autoridad.

—Eso es grave, dijo D. Antonio, y pido la palabra, porque como digo yo, todavía esto de la iglesia y del Estado no está muy claro.

—Y como que si está, dijo uno, lo que hay es, que la iglesia no se debe meter en este asunto.

—Pero si no es la iglesia, replicó don Antonio, la que se mete con la autoridad; sinó la autoridad la que se mete con la iglesia.

—Pues que no se meta.

—¡Que no se meta! dijo don Antonio, parodiando al preopinante, ¿pues si no se mete, cómo se entierra á la difunta?

—Pido la palabra.

—Tiene mi hermano la palabra, dijo el presidente.

—Pido la palabra, dijo otro.

—Y yo también pido la palabra.

—Señores, dijo el presidente, que hablen unos, y después otros, si no, no nos entendemos.

—Ya la pedí primero.

—No, yo.

—Y yo después de don Antonio.

—¡Adios! dijo uno, si usted no la ha pedido.

—Sí, pero ahora la pido, y usted no debe hacerme á mí observaciones, porque todos somos munícipes, y no crea usted que porque el cura es amigo de usted....

—¡Silencio, señores! dijo el presidente repicando la campanilla.

Todos se callaron.

—Que hable don Antonio.

—Eso es, don Antonio á todos tiros, con razón gana, dijo un regidor, si el presidente le concede á él solo la palabra.

—Y yo sé por qué es eso, agregó otro regidor que no podía ver al presidente.

—Yo sostengo, señores, que el señor cura está en su derecho, y tengo con qué probarlo.

—Que lo pruebe, dijeron varios.

—Cabal que sí, dijo don Antonio, y allá voy; es cierto que soy amigo del señor cura y que me arrienda la tiendita, pero esto no hace al caso, porque aquí lo que debemos ver es el interés del cuerpo municipal.

—Eso es, dijo uno, yo opino porque veamos todos por el interés municipal.

—La cuestión es, dijo don Antonio, que nosotros no podemos obligar al señor cura á trabajar de valde.

—Es que no es de valde, sinó por caridad cristiana.

—A pesar de eso, el cura dice que no enterrará de valde á nadie.

—En eso está el mal, y pido la palabra: siento mucho que un regidor, venga sosteniendo los derechos de un extraño, y, lo que es yo, sé de dónde viene todo eso, y cuando uno está en cabildo no debe ver pelo ni tamaño, sino que debe obrar como leal y como ciudadano que es uno, y si digo que yo sé de dónde viene, es porque tengo datos, y si yo los dijera....

—Que los diga, dijeron varios.

—Pues pido la palabra, dijo el acusador de don Antonio. El señor le dá la razón al señor cura, porque le debe un año de renta.

—Eso no es cierto, dijo don Antonio.

—Y además, hay otra cosa.

—¿A ver qué otra cosa? preguntó el presidente.

—Que el señor don Antonio toca la guitarra.

—¿Y qué tenemos con eso? preguntó el acusado.

—Que tanto el señor don Antonio, como otras personas, son uña y carne de las familias mochas de aquí, y por eso, cuando se trata de prosección, son los primeros que piden la licencia y que infringen las leyes, todo por consideraciones y por intereses; por que si son los Aguados, tienen interés en venderle al señor cura, ya el maicito para los puercos, ya las cabecitas de ganado, con perjuicio de otros infelices, y en fin, yo no más observo, y les aseguro á ustedes, que sólo en el ayuntamiento de este año, ha sucedido eso, y lo diré de una vez, señores, los liberales vamos perdiendo terreno y los mochos se aprovechan de todo y se van saliendo con la suya.

—De la cuestión es de lo que nos estamos

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1625 MONTERREY, N.M.

saliendo, dijo un regidor, y ahora no se trata de si don Antonio hace ó torna; de lo que se trata es de saber si el señor cura puede, conforme á la ley, negarse á darle sepultura á un cadáver, con el pretexto de que no se le pagan los siete pesos.

—Y medio, agregó el presidente.

—Pues esa es la cuestión y nada más.

—Que se sugete á votación, porque se hace tarde.

—Propongo una cosa, dijo uno.

—¿Qué cosa?

—Que para evitar disputas, demos cada uno un peso, para pagarle al cura.

—Eso no debe ser, y no es por el peso ¿pero á dónde vamos á parar?

—Pues el que no quiera, que no dé nada, veremos lo que se junta.

—Lo que falte lo pongo yo, dijo el primo del presidente, que era de los mas ricos.

—Es que nadie ha de querer ser menos.

—Pues yo no doy nada, dijo el acusador de don Antonio.

Juntáronse en la mesa hasta como cinco

pesos, y el primo del presidente del ayuntamiento, completó la cantidad, y se levantó la sesión.

Inmediatamente se pretendió la inhumación; pero serían como las dos de la tarde hora en que el señor cura acostumbraba dormir la siesta, de manera que hubo necesidad de esperar á que su paternidad despertara.

Entretanto el sacristán aconsejó á los regidores, que mandaran llevar el cadáver al mismo panteón, porque supuesto que la dificultad de los derechos estaba salvada, creía de buena fe que el señor cura no tendría otro reparo que hacer.

Se hizo todo según el dictamen del sacristán, y condujeron á la difunta al lugar en que debía ser enterrada.

Esta vez, entre los curiosos que rodeaban á la muerta, venía don Máximo el compadre de don Antonio, y á quien ya conocen nuestros lectores.

Don Máximo se proponía verlo todo, como hacía siempre, tomando el primer lugar.

Se encontró con don Antonio su compadre, que acababa de salir de cabildo.

—¿Qué anda usted haciendo compadre? le dijo don Antonio.

—Vengo á ver á la muerta ¿usted ya la vió?

—No le he visto la cara.

—¿Vamos á verla?

—Vamos.

Los compadres se dirijieron al panteón, y en llegando cerca de la muerta, D. Máximo sin más ceremonias le descubrió la cara.

¡Alabados sean los dulces nombres! ¡compadre de mi alma, qué es lo que estoy viendo!

—¡Ay, compadre! tiene usted razón, ó nos engañamos los dos de una manera brutal.

—No le quepa á usted duda, compadre, es doña Salomé.

—La misma ¿pero qué dice usted nomás?

—¡Qué desfigurada está!

—Sí, ni su sombra.

—Aquí hay algo, compadre.

—Lástima que esté muerta doña Salomé, porque de otro modo nos podría contar cosas muy buenas, acerca de todo lo que ha pasado, desde que desapareció del pueblo.

—¡Válgame Dios! y lo que son las cosas compadre, una persona tan rica, venir á acabar de esa manera.

—Pero lo que á mi me sorprende es, cómo no la ha conocido nadie en el pueblo.

—Sí, efectivamente es raro, pero ya se vé, está tan desfigurada, que ni su sombra.

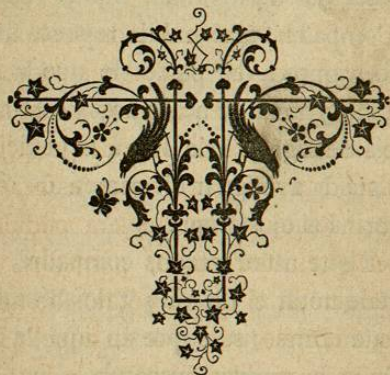
¡Compadre! exclamó de repente don Máximo, vamos á dar parte de que la muerta es doña Salomé, y acaso acaso esta circunstancia dé alguna más luz á la justicia, para que pueda averiguar el crimen de que esta mujer ha sido víctima.

—Tiene usted razón, compadre, vamos en derecha al Juzgado y dejaremos dicho al señor cura, que supuesto que ya se sabe quién es la muerta, suspenda el entierro, al menos mientras se practican las diligencias que son del caso.

—Pues vamos.

—Vámonos, compadre.

Y los dos compadres abandonaron el panteón.



## CAPÍTULO V.

### LA RESURRECCIÓN.

**N**o bien se hubieron separado del cadáver los dos compadres, Salomé hizo un movimiento.

No sabemos qué dolor le despertaría, pero volvía á la vida; su primer esfuerzo fué por abrir los ojos, y se hubiera podido notar cierto temblor en los párpados, como se puede notar el de los pétalos de una flor que va á abrirse; sólo que en aquella lucha, en la que las pupilas buscaban la luz, la luz misma por su intensidad las hería vivamente y las hacía temblar.